

X Wolfgang von Hagen Ph. d. \_\_\_\_\_

X Las Iguanas terrestres de  
Galápagos =



(Traducido del inglés por el Sr. Juan Moncayo)

ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



## Las Iguanas terrestres de Galápagos

En apariencia y estructura la iguana terrestre de Galápagos difiere de su pariente inmediato, la iguana del mar. No puede nadar; su cola es corta, no íntegramente esencial para su bienestar, como lo es en el caso del anfibio *amblirrynchus*. La cabeza de la iguana terrestre es más larga, más ancha, con la extremidad algo puntiaguda, y el cuerpo es más pesado. El *Colonophus* (iguana de tierra) vive dentro del suelo, el que escarba con sus pesadas garras hasta formar un hueco hondo e inclinado con una sola entrada que sirve a la vez de salida. Al caer la noche y durante los días nublados, permanece en su caverna. Aproximadamente a las once de la mañana, cuando la tierra está caliente, lentamente se arrastra hacia afuera, a medida que sus cuerpos se animan con el calor solar. Cuando se han despertado por completo a consecuencia del calor del sol, pacen sobre las hojas de cactus que ha dejado caer el bizarro «Arbol» de cactus de Galápagos.

Como los demás componentes de la fauna de reptiles de Galápagos, la iguana terrestre *Conolophus subcristitus* es única en su especie. No se encuentra en ningún otro lugar del mundo. Dentro de las mismas tierras volcánicas su distribución constituye un acertijo zoológico. En las islas Albermale, James y Seymour, vive la especie de cresta amarilla *subcristatus*; en Barrington se encuentran la especie única *pallidus*, que no se encuentran en ninguna otra isla. En cerro colorado, isla Indefatigable, el autor se ha encontrado con otra especie que se aproxima a las iguanas de Seymour, con la excepción de ser de un rojo de ladrillo y dorado y de encontrarse en una parte muy restringida de dos islotes. Cómo



sucedió que estas iguanas terrestres, no pudiendo nadar, se distribuyeron en varias islas y solamente en puntos determinados de las mismas? Por el momento, lo ignoramos.

En costumbres, sin embargo, las iguanas terrestres se asemejan las unas a las otras. Son vegetarianas o púntianas. Su dieta está compuesta puramente de la hoja del cactus, la cual les proporciona de agua a la vez que de alimento. Torpemente, como si estuvieran cavando sus cuevas, raspan las espinas más prominentes de la hoja, y, sin más preparativo, se ponen a devorarlas. Sus mandíbulas están en ángulo abierto y son poderosas, y continúan con su comida arrancando grandes bocados. Hecho esto, echan su cabeza hacia atrás y engullen el bocado arrancado. La lengua grande y rojiza sale de la boca durante el proceso, aparentemente aplastando el material contra el paladar. Sus dientes no son hechos como para masticar y careciendo de verdadero estómago, es el intestino grueso el llamado a extraer la nutrición.

A diferencia de la iguana marina, suelen ponerse feroces, y muerden; y, si alguna vez ha sentido uno cerrarse esas mandíbulas sobre la mano, en adelante uno procurará evitarlas todo lo posible. Requiere toda la fuerza de dos manos poderosas para abrir esas mandíbulas, una vez que se hayan cerrado, con la tenacidad de las de un perro bull-dog. Sin embargo, acertadamente manejados son inofensivos. El capturarlas es muy entretenido. En la isla Barrington el terreno es generalmente plano y adecuado para viaje, pues es necesario hacer largas travesías para apoderarse de las iguanas terrestres. Las iguanas de Barrington han sido muy perseguidas, siendo costumbre de los pescadores nativos el matarlas al pasar, para comerlas, pues estiman en alto grado la calidad de su carne. Por tal motivo la iguana terrestre pálida se ha vuelto esquiva. Cuando hace un calor intenso se las ve desparramadas sobre todas las rocas, tendidas con los ojos semiabiertos, absorbiendo los rayos solares. Es posible acercarse a ellas hasta cierto punto y luego emprenden la fuga. Nuestro sirviente nativo, Treviño, era un cazador experto. Con los pies protegidos sólo por unas sandalias fabricadas de llantas viejas de automóvil, perseguía a las iguanas sin cejar un momento. Por encima de las colinas, por entre las matas, por debajo de los árboles de cactus sigue la persecución. La iguana busca un hueco, una fisura entre las rocas en donde esconderse, y el cazador procura mantenerse a tan corta



distancia que no tenga tiempo de hacerlo. Por fin, la iguana se detiene y vuelve sobre sus pasos, fatigada y jadeante se presta a defenderse. En estos momentos observé el significado de la expresión «mirada sanguinaria», pues los ojos de la iguana Pálida, de grises claros se vuelven de un rojo sanguíneo, tan rojos, por cierto, que creí que iba a lanzar sangre por los ojos como la lagartija espinosa de Arizona. Una vez arrinconada, la iguana no tiene esperanza de escaparse. Rápidamente extendiendo la mano detrás del animal y le sujeto de la cola, las mandíbulas se cierran con violencia, pero, afortunadamente, sobre el vacío. Treviño se acerca presuroso con la bolsa preparada, metemos a la iguana a empujones dentro de ella y nuestro primer ejemplar está seguro.

Muy rara vez o nunca es posible ver a las iguanas terrestres de pequeñas. Nosotros mismos, durante nuestros meses de permanencia en Galápagos, en las islas, jamás pudimos observar sino a las iguanas maduras, adultas. Los nativos de las islas, en sus eternas peregrinaciones sobre ellas, jamás las han visto. Queda, pues, por el momento otro misterio biológico para que lo solucione un observador paciente. Las iguanas marinas, algo más gregarias que las terrestres, están constantemente acompañadas de sus pequeños. Estos, aparentemente recién salidos del huevo son eminentemente conspicuos. La postura de huevos de la iguana terrestre y la correspondiente incubación, es incuestionablemente similar, y es por tanto extraño que no hayamos visto nada del procedimiento. Naturalmente no es misterio, sino sólo un comportamiento inexplicable todavía que hace que no se les vea.

Las iguanas y su distribución se catalogan como uno de los acertijos más interesantes de la fauna de Galápagos. Darwin mismo ha observado que en ninguna otra parte del mundo entero, excepto en Galápagos, puede uno encontrar un género tan caracterizado como la iguana, que tiene sus especies terrestres y marinas, perteneciendo a una porción del mundo tan confinado.

Como el resto de los problemas zoológicos de las islas de Galápagos, una solución final del origen de las islas mismas y de la forma en la cual llegó la fauna primitiva, solucionará sin duda alguna el caso de los reptiles.